

Gregorio. (aterrado). ¡Basca!!!....

Gervasia. Si señor, proveniente de una indigestión insoportable.

Gregorio. ¡Indigestión!

Gervasia. Me la produjo un bagre abominable.

Gregorio. ¡Qué desgracia!

Gervasia. Afortunadamente no es incurable, y con una formidable purga que he tomado....

Gregorio. ¡Purga también!

Gervasia. Y me está haciendo un efecto admirable.

Gregorio. Lo creo: si tiene vd. una cara "espantable," y mi situación es "envidiable" (aparte). Pero mi hambre es "inaguantable....—Un amigo me dijo que estaba vd. mala, y quise de paso saludar á vd.: ya la ví, y enteramente satisfecho de mi buena fortuna y de la fuerza del sino, me voy porque es fuerza com.... comprar unas cosas, y visitar á una señora.... (Levantándose). He quedado de ir á comer con....

Gervasia. Comerá vd. conmigo.

Gregorio. Siento mucho....

Gervasia. No hay escape.

Gregorio. Pero....

Gervasia. Aunque es comida de dieta....

Gregorio. Agradezco mucho....

Gervasia. Siéntese vd.

Gregorio. (sentándose). ¡Oh dolor!

Gervasia. ¿Qué decía vd. de olor?

Gregorio. Nada.

Gervasia. Creí.... porque.... ¡Oh! qué hedor tan pestífero y fragante se percibe!

Gregorio. ¿Cómo?....

Gervasia. Y mi estómago... ¡Ay! ¡Dios mío! ¿Dónde se ha metido vd.?

Gregorio. (mirando el lodo de sus piernas). ¿Yo?....

Gervasia. ¡Ay!.... ¡ay!.... que me da... que me da....

Gregorio. ¿Qué cosa?

Gervasia. Que me da la basca.... ¡Pepa! ¡Pepa!.... Y la purga.... ¡Pepa! ¡Pepa!.... traeme el.... traeme la.... la.... la.... (Vase).

Gregorio. ¡Pues he quedado lucido!... Me voy, y el diablo cargue con la casa y su dueño....

(Quiere salir, y tropieza con la criada).

Criada. ¿A dónde va. vd. tan ciego?

Gregorio. A.... a.... Ni yo mismo lo sé.

Criada. Tan contento al entrar, y ahora....

Gregorio. (en tono dolorido). ¡Ay! huyeron los manjares que me pintaba la fantasía, y el cuadro encantador huyó con ellos;

huyó, volví la vista, lancé un grito.... y en vez de flores encontré un desierto.

Criada. Ya es poeta el señor Ventrículo: ó está loco ó enamorado.

Gregorio. (en la calle). ¿A quién le sucede lo que á mí? Si ahora hubiera una diligencia que se dirigiera á Puebla, no me

volvían á oler los mexicanos. ¿Pero hay justicia para esto?... Y es fuerza comer, mi estómago me lo pregona.... ¡Oh! ¡miserable de mí!.... Aun me queda un amigo; pero vive tan lejos.... San Antonio Abad. Siempre tendré que tomar un coche.... ¿Y si Pancracio ha comido ya?... No importa: el pastel y alguna otra cosilla que haya sobrado, matarán esta culebra que me desgarrá el vientre.... Aquí frente á la catedral tomaré un coche.... Ninguno hay.... Tomaré este que viene aquí.... ¡Cochero!.... ¡cochero!....

Cochero. Está ocupado.

Gregorio. ¡Válgame Dios! tanto coche denantes, y ahora.... Allí viene otro.... ¡Cochero!

Cochero. ¿Va su merced á los toros?

Gregorio. No.

Cochero. Pues entonces tengo carga.

Gregorio. ¿Conque sólo á los toros?... Se fué.... ¡Los toros!....

El pueblo que ayer gemía

por su libertad, con lloros,

ya se contenta en el día

con que le den pan y toros.

¿En dónde he visto estos versos?... ¡Cochero!....

Cochero. ¿Es para dejar?

Gregorio. No entiendo.

Cochero. Que si es para ir á dejar á su merced.

Gregorio. Pero eso á vd. ¿qué le importa?... Pagando yo....

Cochero. Pues tengo carga.

Gregorio. Y bien que la merece vd., y de estiércol.... ¡Cómo! ¿se va vd?... ¡Espérese!.... Déjeme vd. cerca de San Antonio Abad, y se va si gusta á los infiernos.

Cochero. ¡Uh! está legísimos.

Gregorio. (subiendo al coche). Pagaré bien. ¡Aprisa! ¡aprisa!.... (El coche camina). Llegaré pronto.... Eso sí, voy á gastar cuatro reales, pero.... (canta, llevando el compás con el pie).

Tus ojuelos, niña,
me matan de amor,
me matan....

(Párase el coche, el cochero baja de la mula). ¿Qué ha sucedido? ¿se ha roto algo?

Cochero. No, pero como su merced llamó....

Gregorio. ¿Yo?

Cochero. Sí.

Gregorio. Está vd. borracho.

Cochero. Su merced dió patadas al pe-sebrón.

Gregorio. No hay tal.... llevaba el compás de "Los ojuelos," y nada más.

Cochero. ¿Qué ojuelos?

Gregorio. Estamos perdiendo el tiempo: monte vd., y aunque llame no se pare.

Cochero. Está bien, señor amo: eso no

valía la pena de llamarme borracho y ladrón.

Gregorio. Yo no he llamado á vd. ladrón.

Cochero. ¿Cómo no?

Gregorio. No señor.

Cochero. Pues oíría yo mal.

Gregorio. Así será.

Cochero. Pero no hay duda en que me llamó vd. ladrón y asesino.

Gregorio. ¡Otra! ¿Monta vd. ó no?... ¡Caramba en el hombre!... Y parece que lo hace adrede.... Con qué pasta lleva las mulas. ¡Ea! ¡bribón!... camine vd. aprisa.... ¿Es vd. sordo?... Ande vd. aprisa, le digo.... Ya no quiero ir.... Déjeme apear.... (Da de patadas: el cochero se hace desentendido). Ya no puedo aguantar tanta pachorra.... (Abre la portezuela y baja, el cochero se apea).

Cochero. ¿Ya no quiere vd. ir?

Gregorio. No.

Cochero. Pues págueme vd. el viaje.

Gregorio. ¿Viaje llama vd. á traerme desde la esquina de la catedral á la puerta de palacio?

Cochero. Me ha quitado vd. el tiempo.

Gregorio. No pago.

Cochero. (tomándole de un brazo). Pues no se irá vd.

Gregorio. (queriéndose desasir). Me iré.

Cochero. No.

Gregorio. Sí.... ¡Auxilio! ¡auxilio!.... Ya vienen unos soldados. (En tono de triun-

fo). Ahora lo veremos, señor cochero. (Acércase el oficial de guardia del palacio y dos soldados).

Oficial. ¿Qué sucede?

Gregorio. Que este pícaro me quiere detener.

Cochero. Traía yo al señor en el coche, y se quiso bajar sin pagarme.

Gregorio. No le quiero pagar, porque acabo de ocuparlo, y me lleva muy despacio.

Cochero. Ha una hora que tomó el coche, y quería irse sin pagar: le vi, y le detuve.

Gregorio. Miente: bajé porque él no quería oír las patadas que yo daba....

Cochero. (con el sombrero en la mano). No hay tal, señor oficial: la verdad he dicho.

Gregorio. Y yo no soy un petardista.

Oficial. Sí lo es vd.: yo vi cuando se quiso bajar del coche, sin que el coche hubiera parado.

Gregorio. ¿Y es culpa mía que no para? Con que si no se ha detenido hasta mañana, en el coche duermo.

Oficial. Pague vd.

Gregorio. No pago.

Oficial. ¿No?

Gregorio. No.

Oficial. Llénenlo al cuartel, soldados.

Gregorio. Pagaré. Ahí están cuatro reales.

Cochero. Es un peso, y le perdono á vd. todavía dos reales.

Oficial. Dele vd. el peso.

Gregorio. (furioso, y dando al cochero una onza que equivocadamente saca). Es un robo manifiesto.... ¡Ay! iniquidad como esta ¿en dónde se ve?... Pero, amigo Ventrículo, ¿de qué te quejas? ¿Ignoras acaso que en esta libre nación imperan los entorchados como las faldas en tiempo de la andante caballería?... ¿No eres filósofo? ¿Pues qué cuidado se te da todo esto? Recibe el bien y el mal con la misma mano, con el mismo semblante; ríe en un entierro como reirías en un banquete; y el día que se queme tu casa, baila la "Tirana" á la siniestra luz del incendio.... Bien pensado: ríe de tu fortuna, Gregorito, ríe del vidrio que falta á tus antiparras... Pero.... (Demudándose). Si le habré dado.... (corriendo y gritando). ¡La onza!.... ¡Cochero!.... ¡cochero!.... ¡Cómo azota las mulas!.... Va volando, y con él mi onza.... (Al oficial). ¡Es una onza!.... ¡es una onza!.... ¡Ah, señor militar, es una onza! (Varios oficiales le rodean y se ríen). Es una onza la que le dí, caballeros, es una onza!....

Oficiales. Está loco..... ¡Ah! ¡ah! ¡ah!..... ¡está loco!....

Uno. ¡Molinillo

Todos. ¡Molinillo!

(Estréchanse, dejando en medio á Gregorio, y empiezan á empujarse unos á otros).

Gregorio. (queriéndose sostener y tratando de agarrar su sombrero que bota en su cabeza). ¡Señores! ¡Me sofoco!.... ¡me muero!.... ¡Jau! ¡jau!.... ¡Oh! ¡oh!... (Suéltanle, y corre entre los chiflidos de los oficiales).

Gregorio. (sudoroso llega á casa de Pancracio). Buenas tardes.

Pancracio. ¿No lo dije?... Estaba pensando en tí: mucho tardabas; pero le aseguré á Lupe, que era imposible que faltaras.

Gregorio. Hiciste bien: cuando doy mi palabra....

Pancracio. Si te conozco. Ahora saldrá mi mujer, porque está allá ocupada con Virginia. Siéntate.

Gregorio. Acepto, porque estoy cansado. (Al irse á sentar, viene corriendo un muchacho de ocho años, y dándole con la cabeza en la espalda, le avienta sobre una silla).

Pablo. ¡Ah toro!....

Pancracio. (riendo). ¡Ha! ¡ha! ¡ha!....

Gregorio. (quejándose). ¡Ay!.... ¡ay! ¡ay!....

Pancracio. Es vivísimo Pablo. Ven acá, chicuelo.

(Pónese Pablo á jugar á la pelota, y da en la cara á Gregorio).

Gregorio. ¡Ay!.... ¿Sabes, Pancracio, que es muy inquieto tu hijo?

Pancracio. ¿No te digo que es vivísimo?

Y sabe ya bastante francés. Pablo, háblale al señor en francés.

Pablo. ¡Qué! si ese no lo sabe.

Pancracio. No importa: díle: "¿Cómo está vd.?"

Pablo. (á Gregorio). "Cómo está vd.?"

Pancracio. No, hombre; dílo en francés.

Pablo. Si en francés no se puede decir "¿cómo está vd.?"

Gregorio. ¿Es posible?

Pancracio. Puesto que éste lo dice, cierto es sin duda, porque está muy adelantado.

Gregorio. Pero si no me cabe en el juicio....

Pablo. Los franceses no tienen "usted," solamente "vos," que dicen en su lengua "vu" y se escribe "vous."

Pancracio. (admirado). ¿Qué te parece?

Gregorio. (irónicamente). Es un prodigio.

Pancracio. Y en edad tan corta.... No te quepa duda, estos muchachos nos van dejando muy atrás. (A Pablo). Pues dile á Gregorio en francés: "¿Cómo está vos?"

Pablo. Si en francés no se dice así.

Pancracio. ¿Pues cómo se dice por fin?

Pablo. Se usa en vez del nombre "estar," el "llevar, porté," que se escribe "porter" con el artículo "la;" y así se diría: "¿Cómo la llevais vos?"

Pancracio. ¿Qué te parece? Eso no estaba en mi librito, que en lugar de decirle á

un hombre: "¿Cómo está vd.?" le debo preguntar: "¿Cómo la lleva vd.?"

Gregorio. Esto es, la espada ó la capa.

Pancracio. ¿Qué te parece mi hijo?

Gregorio. Es mucho lo que habla.

Pancracio. Ya verás si tengo razón en decir que es vivísimo.

Gregorio. Solamente noté una equivocación de poca monta.

Pancracio. No puede ser.

Gregorio. Dijo "nombre" por decir "verbo," y "artículo" por "pronombre."

Pablo. ¿Qué sabe vd. de eso?

Pancracio. (á Gregorio). Te ha confundido con su pregunta.

Gregorio. Sí: me ha convencido de que soy un animal en ponerme á hablar con él.

Pancracio. ¿Luego confiesas que estás más adelantado que tú?

Gregorio. Lo que tú quieras.

Pancracio. (á Pablo). Recítale á Gregorio una fábula de Samaniego.

Pablo. ¡Qué! esas fábulas no valen nada.

Gregorio. ¿Por qué?

Pablo. Porque son muy prosaicas.

Pancracio. (admirado). ¿Qué te parece?

Gregorio. Ya veo que también es crítico.

Pancracio. Pero nota qué modo de criticar tan sabio.

Gregorio. Es el usado en el día: muy digno del siglo en que vivimos.

Pancracio. ¿Pero no te admira que ya sea crítico?

Gregorio. ¿Quién no lo es en nuestra época? Y debemos regocijarnos, porque tu hijo acaba de probar con un ejemplo que se va despertando entre nosotros el uso de la buena crítica.

Pancracio. (á Pablo). Recita una fábula de Iriarte. (A Gregorio). Verás qué naturalidad y expedición: parece que ha representado en un teatro.

Pablo. ¿Qué fábula quieren?

Gregorio. Cualquiera: "El escarabajo."

Pablo. Esa está al último.

Gregorio. Pues la que tú sepas.

Pablo. No, la que vds. quieran.

Gregorio. Vaya "El retrato de golilla."

Pablo. También está muy al fin.

Pancracio. Pues la que estabas diciendo esta mañana.

Pablo. "El pato y la serpiente."

Pancracio. Ésa.

Pablo. (recargándose en las piernas de Gregorio y desatándole la corbata, dice con sonsonete): El pato y la serpiente.

A orillas de un estanque diciendo estaba un pato:
 Quien mis fábulas lea
 sepa también que todas
 son podencos. Vaya,
 que no entiendes de eso,
 pues ni anda como el gallo,
 ni vuela como el cerdo,
 ni nada como el barco.

Pancracio. ¿Qué te parece?

Gregorio. Que ha enmarañado unas fábulas con otras, amén de otras equivocacioncillas. . . .

Pancracio. Eso será porque se ha cortado delante de tí.

Gregorio. Eso será tal vez; que en Puebla hay un bailarín que sólo baila en los ladrillos de su casa. A todo esto, ya vds. habrán comido.

Pancracio. No, hombre. . . .

Gregorio. (sacando el reloj). Pues son las cuatro y veinte.

Pancracio. En casa comemos á la moderna.

Gregorio. ¿Y á qué hora se come á la moderna?

Pancracio. A las seis y media en punto.

Gregorio. (levantándose). ¿De verás? . . . Y yo que. . . .

Pancracio. ¿Adónde vas?

Gregorio. Tengo un negocio urgentísimo. . . . ¿Hay por aquí alguna fonda?

Pancracio. ¿Y para qué la quieres?

Gregorio. Voy mañana á Tacubaya, y necesito. . . .

Pablo. Ahí adelante hay un bodegón.

Gregorio. (Iré hasta el portal, y. . . . ya no aguanto. . . .) Conque agur. . . .

Guadalupe. (entrando con una niña en los brazos). Beso á vd. la mano. . . .

Gregorio. A los piés de vd., señorita.

Pancracio. Lupe, ¿no te dije que no había de faltar Gregorio?

Guadalupe. Es cierto.

Pancracio. Mira, Gregorio, mira á Virginia. ¿Es verdad que es linda?

Gregorio. Sí.

Pancracio. Tómalala en los brazos.

Gregorio. (obedeciendo). Vaya.

Pancracio. Bésala.

Gregorio. (id). ¡Ah!... ¿Qué más?

Pancracio. ¿Es verdad que no pesa nada?

Gregorio. Es cierto que no; mas yo estoy tan débil por la falta de alimento, que

....Pero.... me parece.... Señorita....

Guadalupe. ¿Hizo una de las tuyas?....

(Tomando á la niña). Como está mala de la tos....

Gregorio. Pancracio, disimúlame la franqueza: quiero pedirte un favor.

Pancracio. Habla, hijo: ésta es tu casa y yo tu criado.

Gregorio. Nada más quería que un poco de agua para las manos.

Pancracio. ¡Ah! por lo de la chiquita.

Cuando vayamos á comer te lavarás, porque ahora la criada que tenemos, que es la nodriza, está haciendo la comida. Y te advertiré de paso que como Lupe está con la chiquita, no puede guisar según te prometí.

Gregorio. (Apartando las manos de su cuerpo, extendiendo los dedos y buscando algo en que limpiarse). Pues.... ¿no habría?....

Pancracio. ¿Buscas la guitarra? Tómalala y canta para que te oiga mi mujer.

Gregorio. Como estoy tan débil por falta de....

Guadalupe. Cante vd., señor Ventrículo, que ha tiempo que deseo oírle.

Gregorio. Sí....

Pancracio. Canta hombre.

Guadalupe. Sí, toque vd. y cante, con eso templada vd. la guitarra bien templada, para que pueda yo tocar cuando vd. se vaya.

Gregorio. ¿Cuándo yo me vaya?

Pancracio. Has de saber que mi esposa nunca toca la guitarra sino cuando está sola.

Gregorio. ¿La razón?

Guadalupe. Soy muy vergonzosa, la verdad.

Gregorio. Pues al menos cantará vd. en mi compañía.

Guadalupe. Dios me libre.

Pancracio. Ni por toda la plata de México haces cantar á Guadalupe: si ya raya en exceso su cortedad y encogimiento.

Gregorio. Irremisiblemente me acompaña, ó no canto.

Guadalupe. ¡Buen capricho! Cante vd. por vida suya.

Pancracio. A una mujer no se le niega nada.

Gregorio. (templando la guitarra). ¡Ay! no tengo fuerzas en los dedos. La falta de....

Pancracio. (gritando.) Pablo! Pablo!.....

Pablo. ¿Qué quieres?

Pancracio. Ven á oír cantar. (A Gregorio.) Delira este niño por la música: no dudo que con el tiempo haga prodigios. (Gregorio tose.) Afina la voz, hijo, afínala. ¡Atención! ¡Atención!

(Gregorio canta, Pancracio lleva el compás con una varita, Guadalupe pasea á la niña, Pablo se pone en cuclillas enfrente de Gregorio imitando su gesticulación.)

Gregorio. (cantando).

Tus ojuelos, niña,
me matan de amor,
me.....matan.....de.....

Guadalupe. (oyendo llorar á la niña, canta.)

A la rorro, niña,
y á la rorro ya.....

Pancracio. No interrumpas.

Guadalupe. Dejaré entonces llorar á Virginia.

Pancracio. Tienes razón. Pero afortunadamente ya calló. Prosigue, Gregorito.

(Guadalupe continúa paseando á la niña, Pancracio lleva el compás, Gregorio canta, Pablo lo acompaña involuntariamente.)

Gregorio y Pablo (cantando.)

Tus ojuelos, niña,
me matan de amor,

me.....matan de.....amor.....

me.....matan de.....amor.....

Guadalupe. (arrullando á la niña, que llora.)

A la rorro, niña,
y á la rorro ya,
porque viene el coco
y te comerá.

Pancracio. (aplaudiendo.) Bravo! todos lo hacemos á las mil maravillas. Parece cosa de ópera.

Gregorio. ¡Oh! muy bien, Doña Lupita: decía vd. que no sabía cantar, y sin embarbo nos ha dado una peregrina muestra de su habilidad.

Guadalupe. (corrida.) Es que.... Virginia... como la tos no la deja dormir....

Pablo. (saltando y rascándose la cabeza con las dos manos.) Papá!... Papá!...

Pancracio. ¿Qué quieres, hijo? ¿qué quieres, mi vida?

Pablo. Tengo hambre.

Gregorio. (involuntariamente.) Y yo también.

Pancracio. ¿Qué?

Gregorio. (cortado.) Y yo también.... y yo también no dejo de hacerlo mal en la guitarra.

Pancracio. No te entiendo.

Gregorio. No se ya ni lo que digo, porque siento en el estómago.... siento en la

cabeza... que... que... Preciosa es tu casa, Pancracio.

Pancracio. Y que no la has visto toda. Ven, te la enseñaré.

Gregorio. Para qué te has de molestar, otro día será.

Pancracio. No, ahora mismo: si mi mayor placer será que tú la veas.

Gregorio. Pero....

Pancracio. Ten más franqueza conmigo, hombre. Admite mi invitación, y levántate. (Gregorio obedece suspirando, Pancracio le va mostrando lo que el diálogo indica.) Este es el cuarto de mi mujer; en él sólo duermen ella, Pablo y Virginia, la nodriza y dos criadas que acompañan a Guadalupe, porque es muy medrosa. Bien que ahora está en apuros la pobrecilla, porque se han ido las dos: si tú supieras de alguna que sea limpia y honrada.... Mira: aquí duerme el gato, ó por mejor decir, aquí debía dormir; pero él, como es tan mono, siempre se va á acostar á los pies de mi mujer.

Gregorio. Muy bien me parece.

Pancracio. El perro duerme debajo de la cama. No te ha salido á recibir porque está encadenado ahora. Y qué oído tan fino tiene el maldito! apenas se mueve un ratón ó una mosca, cuando empieza ladra y ladra y ladra.

Gregorio. Pues debe de ser muy dulce á eso de las dos de la mañana oírle entonar semejante aria.

Pancracio. No, eso no nos da cuidado, que entro luego con un látigo, y zas! Este otro cuarto es el mío: aquí solamente duermo yo porque ni soy medroso, ni me gustan importunos que me estén contando cuentos cuando sólo pienso en dormir. A un lado de mi cama cuelga siempre la jaula del perico, y más allá los pájaros. El gallo y las palomas habitan en la cocina, y solamente los traigo aquí cuando duerme conmigo algún huésped.

Gregorio. No alcanzo la razón de esa providencia.

Pancracio. Como regularmente el huésped es amigo mío, traigo esos animalejos para que se divierta con ellos, porque yo quiero que mis animales sean de mis amigos.

Gregorio. Muy bien pensado.

Pancracio. Cuando pienses regresar á Puebla, me das aviso, para que te dé yo un cochinito muy lindo que tengo.

Gregorio. Doite las gracias; pero ¿cómo lo llevo si voy en diligencia?

Pancracio. Lo sé; pero te lo echas en las piernas, tapándolo con tu capa, y va el animalito como un emperador en su carroza. Esta es la asistencia. Mira qué reloj tan guapo: me costó.... yo te diré.... me costó.... no sé si ciento ó doscientos pesos.... Pero no te dé cuidado: ahora iremos á buscar la cuenta del relojero, y saldremos de la duda. ¡Qué campana tiene, hombre; se

oye hasta el zaguán. (Tira de la cuerda, y da el reloj las seis.)

Gregorio. ¡Las seis! Desde las ocho de la mañana mi estómago....

Pancracio. (tirando otra vez de la cuerda.) ¿No te parece buena campana?

Gregorio. Sí.

Pancracio. (sonando tercera vez la campana.) Nota la finura del sonido....

Gregorio. Sí, ya mis oídos lo han notado bastante.

Pancracio. He aquí el comedor.

Gregorio. ¡Ah!

Pancracio. Aquí no hay nada que no sea comible, porque no he querido en él nada que no sea para comer.

Gregorio. Buen gusto tienes á fe.

Pancracio. Hemos llegado á la cocina: aquí no hay nada particular que ver, si no es la chimenea que le puse á la campana. Sube al brasero.

Gregorio. Pero....

Pancracio. Sube.

Gregorio. Quisiera yo.

Pancracio. Sube.

Gregorio. (Sube mirando su vestido y con semblante triste.) Ya obedecí. (Sube Pancracio, y levanta en peso á Gregorio rozándolo con la pared.)

Pancracio. Cómo pesas!

Gregorio. Pero, hombre, ¿qué pretendes hacer de mí?

Pancracio. ¿Alcanzas á ver la chimenea?

Gregorio. Que chimenea ni qué calabazas, si ya se me llenaron los ojos de tierra.

Pancracio. No ha de ser tierra, será...

Gregorio. Lo que tú quieras: el caso es que ya no soporto el ardor de los ojos.

Pancracio. Después comerás un poco de sal; por ahora has un esfuerzo por ver la chimenea: es invención mía: obsérvala bien para que pongas otra igual en tu casa.

Gregorio. (tosiendo.) Cu! cu!... me parece... cu! que ya para broma... cu! cu!... basta... cu!

Pancracio. ¿Qué tienes?

Gregorio. Tos... cu! cu!.... Ya me ahogo... cu! cu!....

Pancracio. Eso consiste en la bella construcción de la chimenea; porque como tu cabeza está precisamente en la embocadura, y ahí se va recogiendo el humo... (Gregorio desesperado hace un esfuerzo y cae rompiendo una olla y ensuciándose el pantalón.)

Gregorio. Vive Dios, que ya no se puede tolerar esto.

Pancracio. ¿Qué te sucede? ¿Estás loco? ¿Porqué te dejas caer?

Gregorio. Porque... cu! cu!... porque... cu! cu!....

Pancracio. Pobre Gregorio: te has puesto hecho un asco: Iremos después á que te limpies. Mira qué espaciosa azotehuela.

Gregorio. Tienes razón; pero yo quisiera que terminaras la revista. Mi estómago....

Pancracio. Nota que ese lavadero tiene una tabla en el fondo para que la ropa no se despedace; otros suelen poner una losa y hasta una piedra; pero yo. . . .

Gregorio. ¿Sabes que el olor de las ollas ha despertado en mí un apetito que. . . .

Pancracio. Allí está el común: observa qué limpieza! qué "propreté," como dice Pablo.

Gregorio. Todo está muy bueno, pero. . .

Pancracio. Vamos á la azotea: ¡qué vista tan hermosa tiene. . . .

Gregorio. Primero me matas que hacerme pasar un punto de aquí. Ya estoy cansado de recorrer la casa; ya no puedo más, ya el diablo me lleva, y estoy por echarme de cabeza en un pozo.

Pancracio. Pero, hombre, ¡que des ahora en esas ideas!

Gregorio. Mas no sino déjate llevar, Gregorio, y déjate hacer cuanto quieran, que has nacido para ser el hazme-reir de todo el mundo.

Pancracio. ¿Pero quién dice eso?

Gregorio. Yo, que he venido á comer invitado por tí, y tan solamente he comido humo.

Pancracio. Tienes rarezas, Ventrículo: ¡qué mal te conocía yo!

Gregorio. Y tú, Pachorra, las tienes también; y si te hubiera conocido, no viniera á tu casa.

Pancracio. Riñeme, hijo riñeme cuanto

quieras si ese es tu gusto, que yo solamente deseo tu placer.

Gregorio. Pues si deseas mi placer, dame algo que manducar.

Pancracio. Al punto. ¿Por qué no lo dijiste antes? Ya en la mesa esperándonos está la comida.

Gregorio. Eso pido.

Pancracio. ¿Estás contento?

Gregorio. Y mucho.

Pancracio. Pues dame un abrazo.

Gregorio. Qué me place. (Abrázanse. Llegan Guadalupe y Pablo, y siéntanse á la mesa.)

Pancracio. Sin ceremonias, Gregorio, sin ceremonias.

Guadalupe. ¡Ay cómo me disgustan los hombres ceremoniosos.

Gregorio. Así soy yo; y para que vean vds. cómo es cierto lo que digo, voy á usar de tal franqueza como si estuviera en mi casa.

Pancracio. Así me gusta.

Gregorio. Cuando uno tiene hambre, no piensa más que en comer; por consiguiente abro camino. (Toma un plato para echarse de comer.)

Guadalupe. No tanto, señor Ventrículo, basta con eso.

Gregorio. (sorprendido). ¡Cómo!. . . . pues. . . . (Irritado). Yo entendía que en esta casa comía uno lo que se le antojara.

Pancracio. Así es la verdad.